

FELIPE I DE PORTUGAL (II DE ESPAÑA): LA UNIÓN DE DOS IMPERIOS

Fernando DE LA GUARDIA SALVETTI



ELIPE II, rey de España por abdicación de su padre Carlos V (1555), pasaba por ser el rey más poderoso de su época. Le tocó reinar en un momento difícil. Los últimos veinte años de su reinado supusieron un cambio profundo de actitud en el tratamiento de los conflictos a los que el rey de España tenía que hacer frente. La política de contención se volvería claramente ofensiva, reanudando de esta forma su política exterior expansiva.

La anexión del Reino de Portugal fue uno de los grandes logros de Felipe II. El sueño de unificar la península Ibérica constituyó durante mucho tiempo uno de los grandes objetivos del monarca español. Lo que no se consiguió por medio de las alianzas matrimoniales sería posible gracias a la campaña militar motivada por la rebelión de don Antonio, prior de Crato, por la reivindicación española del Reino de Portugal, vacante tras la muerte del rey don Sebastián, lo que permitió al monarca español esgrimir sus derechos al trono de Portugal.

Las aspiraciones de Felipe II al trono portugués se originaron a la muerte del joven rey don Sebastián en la batalla de Alcazarquivir contra los marroquíes, el 4 de agosto de 1578 —fecha negra en la historia de Portugal—, sin dejar descendencia directa. El ejército portugués fue totalmente destruido, su nobleza secuestrada y su rey muerto en combate, dejando el trono de Portugal vacío, sin un heredero que le sucediese. Su tío-abuelo, el cardenal don Enrique, de 77 años de edad, asumió la regencia, convirtiéndose la sucesión al trono en un problema de política internacional. Este hecho iba a dar paso a una feroz lucha por la corona portuguesa que, a su vez, se convertiría en una pieza importante de poder en el contexto europeo de la época.



Don Sebastián. Rey de Portugal, 1554-1578.

Felipe II consideró que tenía derecho a ocupar el trono, y lograrlo supondría la consecución de un importantísimo objetivo político, como era la reunificación de dos grandes imperios: España y Portugal. Pero para alcanzarlo era necesario imponer los derechos sucesorios sobre sus rivales. La corona de Portugal tenía entonces muchos candidatos, pero de todos ellos ninguno con tantas razones de sangre como el rey de España Felipe II, tío del difunto monarca y nieto del rey don Manuel. Dos eran los pretendientes portugueses con mayores posibilidades: Catalina de Braganza, nieta de Manuel I, y don Antonio, prior de Crato, personaje pintoresco, hijo bastardo del infante don Luis y nieto de don Manuel de

Portugal. A favor de ellos, y contrarios a la dominación española, estaban Francia e Inglaterra, que veían con preocupación el inmenso poder que Felipe II alcanzaría con la anexión de Portugal.

Descartada la candidatura de Catalina de Braganza por ser mínimos sus derechos al trono, la lucha por la corona de Portugal se iba a dirimir entre don Antonio, prior de Crato, y Felipe II. La aristocracia, con el apoyo de la nobleza portuguesa y del diplomático don Cristóbal Moura, partidario de la unificación sin derramamiento de sangre, apoyaba al monarca español. Sólo el pueblo, especialmente la plebe, mantenía el viejo odio que perseveraría durante el siglo XVI; preferían entregar la corona portuguesa a don Antonio, prior de Crato, que a un rey castellano.

La muerte del rey-cardenal don Enrique a los 77 años de edad —solamente reinó unos meses—, en enero de 1580, produjo desórdenes y anarquía en Portugal. La situación económica y política empezaba a ser ruinosa e insostenible. Apremiado por la muerte de don Enrique y aconsejado por Moura, el monarca español tomó la decisión de invadir militarmente el país, declarando la guerra a los partidarios de don Antonio. El 20 de junio de 1580, días antes de comenzar el combate, don Antonio se autoproclamó rey de Portugal en

Santarém con el apoyo del pueblo, comenzando a reclutar soldados para enfrentarse a las tropas españolas. La rebelión se llevó a efecto, y de no haber sido sofocada, Felipe II no habría podido acceder al trono.

Decidida la acción, Felipe II ordenó acelerar los preparativos para invadir el país vecino. La preocupación del monarca español era buscar las personas encargadas de mandar las fuerzas españolas. Sancho Dávila, uno de los mejores generales que sirvió bajo las órdenes del duque de Alba, sugirió al rey que las fuerzas terrestres recayeran en el duque de Alba, y que don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, asumiera el mando de la Armada. Ambos

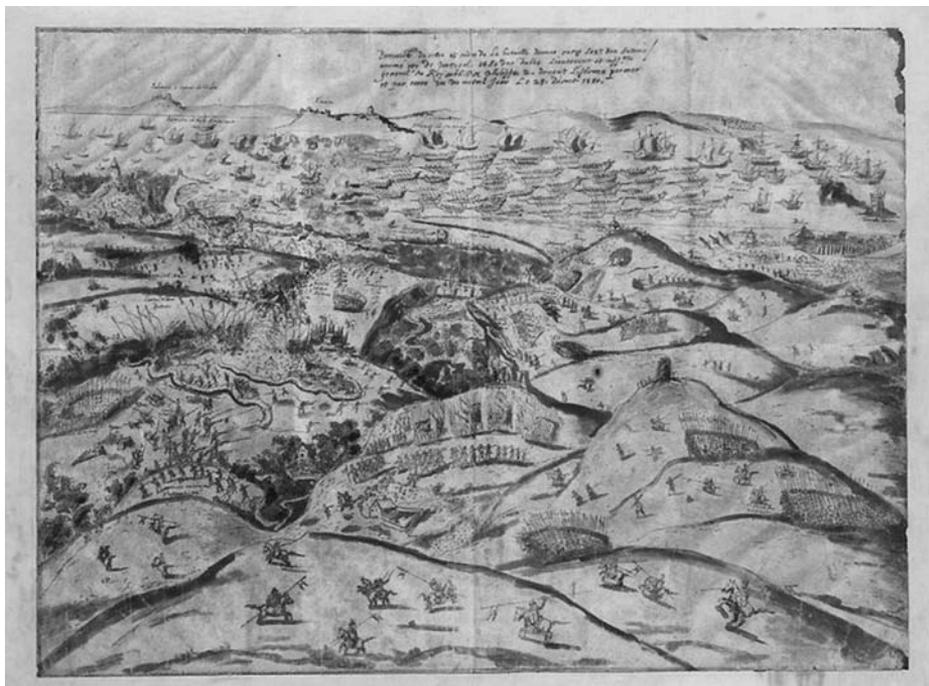


Felipe II por Alonso Sánchez Coello (1557). (Kunsthistorisches Museum. Viena).

militares recibieron poderes e instrucciones del monarca para hacer valer los referidos derechos al trono portugués según el plan de campaña acordado.

El 13 de junio de 1580 Felipe II pasó revista a las tropas españolas. El duque de Alba, militar de enorme prestigio y admirado por los tercios españoles, se puso al frente de un ejército de 26.000 hombres. Al mismo tiempo se alistaba en Cádiz una flota compuesta por 87 galeras, 30 naos y algunos pataches. Las fuerzas portuguesas, bajo las órdenes de su líder don Antonio, estaban formadas por 25.000 hombres de infantería y 2.500 de caballería; la mayoría eran hombres reclutados con prisa entre campesinos y milicianos voluntarios, bajo el mando de Francisco de Portugal, conde de Vimioso. El almirante Gaspar Brito estaba al frente de las naos y galeones, y don Diego López Sequeira de las galeras.

El monarca español no quería una conquista a base de sangre y fuego; deseaba evitar los desmanes y saqueos de las tropas españolas. Consideraba a Portugal como país hermano, por lo que exigió a sus generales que se cumplieran sus órdenes a rajatabla. La conquista se iba a desarrollar mediante una acción coordinada de ambas fuerzas: navales y terrestres. Antes del combate el monarca trató de llegar a un acuerdo con los partidarios fieles al prior de Crato, que lo desearon. En realidad, ni el rey de España ni don



Batalla de Alcántara.

Antonio se avenían a una solución jurídico-pacífica pactada. El uno confiaba en su ejército y el otro en la ciudadanía y la plebe de Lisboa.

Don Álvaro de Bazán zarpó con su flota de El Puerto de Santa María y, sometiendo por mar a los pueblos del Algarve (Tavira, Faro, Portimao, Lago...), entró en Setúbal, donde le esperaba el duque de Alba para embarcar sus tropas, que tras ocupar sin apenas resistencia las villas fronterizas de Elvas, Olivenza y Portalegre conduciría a Cascaes. Contrario a la fama de duro soldado, el duque de Alba fue tolerante y muy comprensivo con la población portuguesa y castigó severamente los intentos de pillaje de algunas compañías de soldados.

El ejército español avanzó en dirección a la capital sin mucha oposición. Sus fuerzas desembarcaron con éxito en la playa de Cascaes —playa reducida y protegida por la fortaleza «la ciudadela»—, avanzando y conquistando en primer lugar la fortaleza de San Juan de Oeiras y la Torre de Belém a continuación, dejando vía libre para la toma de la capital. Las dos fuerzas se encontraron a ambos lados del puente de Alcántara, diez kilómetros al oeste de Lisboa: las españolas ocuparon la margen derecha del río. La batalla se inició

el 24 de agosto de 1580 con un intenso fuego de artillería por ambos bandos; los tercios españoles, tras dos intentos fallidos, consiguieron cruzar el río por el puente de Alcántara, cerca de la desembocadura, mientras que Sancho Dávila con sus fuerzas conseguía atravesarlo río arriba. El combate fue breve. Tan sólo Lisboa opuso alguna resistencia. Las experimentadas tropas del duque de Alba derrotaron a las portuguesas de don Antonio, obligándolas a claudicar y a retirarse, dando por finalizada la campaña militar.

La conquista de Lisboa fue una operación ejecutada con precisión por los generales del duque de Alba, auxiliados por la flota de Bazán, que sorprendió a las fuerzas enemigas por la estrategia diseñada: simuló que iba a desembarcar en Santarém cuando pensaba hacerlo en Cascaes. Considerada por los historiadores como una fácil victoria, en realidad fue todo lo contrario. La violencia militar de las tropas de Felipe II fue una constante en el logro de sus objetivos. La resistencia portuguesa fue mucho más impetuosa de lo esperado. Análisis posteriores de expertos demuestran que tuvo lugar una sucesión de combates y encuentros en los que las fuerzas de don Antonio lucharon con bravura, hasta donde aguantaron sus energías, contra un ejército que era muy superior por su experiencia en combate.

Dispersas y vencidas las fuerzas portuguesas, los partidarios del prior de Crato se retiraron hacia Coimbra. Don Antonio, acosado por Sancho Dávila, conseguiría escapar en dirección a Oporto. Se trasladó a Francia y se refugió más tarde en las Azores, donde sus habitantes y partidarios le reconocieron solemnemente como rey de Portugal. Desde el archipiélago continuó la resistencia contra España con el apoyo de ingleses, franceses y holandeses.

Vencido el último pretendiente y ocupado militarmente el país, Felipe II llegó a Lisboa en la primavera de 1581 para tomar posesión del trono. Las cortes portuguesas se reunieron en Tomar el 15 de abril de 1581 y declararon a Felipe II rey de Portugal con



Don Antonio, prior de Crato.

el título de Felipe I de Portugal, quien juró mantener todos los fueros, privilegios, usos y libertades existentes en el país. El monarca residió en Lisboa hasta finales de 1582 y consiguió de esta manera no sólo sellar la unión ibérica, cumpliendo así un objetivo heredado de sus antepasados, sino también acumular en su persona un imperio de dimensiones desconocidas hasta entonces.

Don Antonio escapó de Lisboa, ayudado por las potencias europeas, mientras que sus partidarios ocupaban las Azores. Sin embargo, una escuadra mandada por don Álvaro de Bazán ocupó las islas, alejando a una flota de hugonotes franceses que don Antonio había conseguido organizar. Vencido este pequeño obstáculo, la oposición a la legitimidad dinástica de Felipe II desapareció. Desde el primer momento en que Felipe II fue declarado rey por las Cortes en Tomar, Inglaterra, Francia y los rebeldes holandeses incluyeron el territorio portugués entre sus objetivos bélicos. En este sentido, la anexión portuguesa representó, efectivamente, un esfuerzo añadido, no sólo en el Atlántico (ruta de la plata) sino también en la ruta portuguesa de Oriente.

La corona portuguesa estuvo unida a la española desde 1581 hasta 1640. No fueron muchos años, ya que la unión duró poco más de medio siglo, pero las consecuencias para Portugal fueron graves, especialmente para su imperio colonial, que salió muy perjudicado con la unión. El historiador francés Fernand Braudel (1) nos traza un completo panorama de las repercusiones de la anexión: «...fue un periodo sombrío de la historia portuguesa. Portugal salió arruinado de la dominación española: su marina arruinada y su imperio colonial destruido. Los Países Bajos e Inglaterra, con quienes España estaba en lucha casi permanentemente, ocuparon, para no devolverlas más, buena parte de las posesiones portuguesas. Estaba definitivamente perdido para Portugal el comercio asiático; las pequeñas colonias que todavía conservaba en Oriente no tendrán apreciable importancia. Efectivamente, solo sobrevivirían del antiguo imperio ultramarino el Brasil y algunas posesiones de África...».

La anexión del país vecino supuso ventajas y desventajas para ambos países, así como desacertadas situaciones que, de haberse solucionado, tal vez hubieran podido significar una unión peninsular permanente. Entre las ventajas, el profesor John H. Elliott (2), en su libro *La España imperial*, destaca: «...un nuevo litoral atlántico, una flota para ayudar a protegerlo y un vasto imperio que se extendía desde África a Brasil y de Calcuta a las islas Malucas.

(1) BRAUDEL, Fernand (1902-1985): uno de los más grandes historiadores franceses modernos de la primera mitad del siglo XX. En 1947 publicó el *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. El trabajo causó una gran impresión en la comunidad de historiadores de la época.

(2) ELLIOTT, John H. (1930-): eminente historiador e hispanista británico. Premio «Príncipe de Asturias» 1996 por su contribución a la historia de España, en especial en los siglos XVI y XVII.

Fue la adquisición de estas nuevas posesiones, junto con el nuevo flujo de metales preciosos, lo que hizo posible el imperialismo de la segunda mitad del reinado de Felipe II...».

Entre las desventajas, parece que una de las más considerables fue la complejidad y peculiaridad de administrar dos estados diferentes tan complejos. El descontento popular por la dominación española era evidente; las tropas de ocupación arrasaron y saquearon con violencia los pueblos y ciudades portuguesas, fortaleciendo el sentimiento antiespañol. Un error de Felipe II, muy cuestionado por la clase política portuguesa, fue no haber designado a Lisboa como capital de ambos estados. Respecto a esta cuestión, Antonio Igual Úbeda (3), en su libro *El Imperio español*, opina: «...Felipe II supo iniciar la obra trascendental de la unidad ibérica, pero no supo convertirla en empresa nacional...».



BIBLIOGRAFÍA

- FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *La Armada Española*. Tomo II.
 MALTBY, William S.: *El gran Duque de Alba*.
 HERNÁNDEZ PALACIOS, Martín: *Álvaro de Bazán*.
 MARQUÉS DE LOZOYA: *Historia de España*.
Historia de Portugal. Imperio portugués.
 Revistas y artículos de prensa.

(3) IGUAL ÚBEDA, Antonio. Valencia (1907-1983). Escritor e intelectual valenciano. Miembro de la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos. Dedicó su vida a la docencia y a la investigación histórica.